



PEDRO ANTONIO DE ALARCON

Los libros de viajes.—Los artículos de costumbres.—Las críticas.—Las poesías.—El drama.

No me sentía inclinada á completar aquí mi estudio de Alarcon; parecia-me exceso insertar cuatro artículos sobre un mismo escritor en una publicación misma; para decirlo de una vez, temia cansar á los lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO. Me hicieron mudar de propósito las reiteradas preguntas de varios amigos, deseosos de leer el final del trabajo, y la publicación del tomo de *Ultimos escritos* del autor de *La Pródiga*, que restituye al asunto cierta actualidad. Me determino, pues, á redondear mi estudio, y dispénsenme los que ya se diesen por enterados y satisfechos.

Hemos visto que un rasgo distintivo de

la fisonomía de Alarcon es la amenidad, el arte de cautivar al lector en todo caso, siendo indiferente la materia á quien posea tal dominio de la forma.—Por esta condición, propia del genio literario francés, tenía el escritor guadijeño que descollar en un ramo apenas cultivado entre nosotros: las narraciones de viajes.—En España no existe la noción *estética* del viaje: el que hace la maleta para salir de su casa no busca recreo, obedece á circunstancias que le imponen la necesidad de trasladarse, ó á la moda que obliga á un veraneo insípido, formulista, regulado de antemano por la rutina consuetudinaria. Recuerdo que uno de los estudios que más me entretuvieron, en la Biblioteca Nacional de París, fué registrar libros de viajes de los siglos xvii y xviii; con tal motivo, pude observar que abundan los de viajeros franceses por España, tanto como escasean los de españoles por tierra francesa. El poeta que cifró la dicha en no haber visto « más río que el de su patria », español tenía que ser.—Aquí no

se ha modificado aún el concepto *penal*, digámoslo así, del viaje. Viajar es, para la inmensa mayoría, sinónimo de derroche triste, mezcla de padecimientos, privaciones, riesgos y vejámenes.—En esta cuestión como en otras varias, Alarcon no parece español genuino. Mejor que Dumas; tan bien como Teófilo Gautier; antes que Amicis y Loti, supo Alarcon que el *viaje* escrito es el alma de un *viajero*, y nada más; que á los países y comarcas les infunde el escritor su propio espíritu (porque para libros de viajes *objetivos*, ahí están las *Gulas* y las *Descripciones* geográficas, hidrográficas, arqueológicas é históricas); que el viaje escrito es género *poético* (entendiendo la palabra en su sentido más amplio y alto), y que un libro de viajes que comunique al lector la impresión producida por una comarca en una organización privilegiada para ver y sentir.... lo que no ven ni sienten los profanos, es tan obra de arte como una novela.—De mí sé decir que el *Viaje por Rusia* de Gautier me parece hoy su-

perior, más fresco, más bello que, verbi gracia, *La Señorita de Maupin* ó *El Capitán Fracasa*.—Y por lo que á Alarcon se refiere, tan gustosa leo su *Alpujarra* como su *Pródiga*.

No me arredra el vago run run crítico que por ahí corre y afirma que son fantásticas muchas de las pinturas encerradas en el *Diario de un testigo* y en *La Alpujarra* misma. No he de comprometerme á salir fiadora de cuanto refieren estos libros: sin embargo, tengo observado un hecho curioso, y es el que sigue.—El lector español generalmente desconfía de sus goces. Por un razonamiento análogo al que induce á poner en tela de juicio la virtud de la hermosa, cree el susodicho lector que el libro que divierte ha de ser un tejido de patrañas. En cambio, de una obra mazorrada, plúmbea, empedrada de notas y apéndices insufribles, nadie osa decir sino que es portento de erudición y monumento de ciencia y seriedad. Y es el caso que en todas partes cuecen habas, y que, bien remi-

rado, apenas se hallará libro sin errores. Sólo que los del librote exigen, para su enmienda, prolija investigación de parte del que impugna, y los de la amena obri-lla se cuentan jugando.... Además, no falta quien interpreta mal esa parte subjetiva, esas páginas en que el escritor ve «á través de su temperamento» la comarca. El Japón de Pedro Loti, por ejemplo; aquellas *musmés* semejantes á muñecas de marfil; aquellos niños en caricatura; aquel colorido extraño; aquel mundo de laca y porcelana...., no se encuentran, claro está, ni en el *Bædeker*, ni siquiera en Eliseo Reclus. Son un Japón que pertenece á Loti: tan suyo, como de Teniers los clásicos *Fumadores*, y de Goya las endiabladas imágenes de los *Caprichos*. No todo el que va al Japón puede verlo por los ojos de Loti.

Hablando de su primer relato de viajes, titulado *De Madrid á Nápoles*, manifiesta Alarcon tener conciencia de la virtud especial que había en su pluma para componer libros de esos que el poeta marro-

quí Chorby llamaba «de ver y andar». Con gentil coquetería, Alarcon declara que «todo bicho viviente que tenga ojos, oídos y una pluma, podrá escribir interesantísimas crónicas de viajes», mientras de fijo se ríe á socapa, pensando en cuán inútiles son los ojos, los oídos y la pluma, para quien no ha recibido del cielo el don de servirse de esa pluma como pincel, como buril, como instrumento artístico. —*De Madrid á Nápoles* es una relación de viajes que, adoptando un adjetivo extranjero, pero insustituible, llamaré *prestigiosa*. Lleva en todas sus páginas el sello francés más caracterizado: se ve que el autor se inspira en las pican-tes, chispeantes y gaseosas narraciones que nuestros vecinos borrajean con tanta maestría como sus cocineros alzan las tortillas *soufflés*. Que se me perdone el símil gastronómico, y no se lleve á mal que lo prosiga; á nada se parece tanto *De Madrid á Nápoles* como á ese plato hueco y tentador de la cocina francesa, batido con arte, doradito, abuñolado,

rociado de azúcar.... También se asemeja á un panorama ó incesante desfile de vistas, que ora nos muestran el volcán de roja cresta y negro penacho, ora el azul canal surcado por las románticas góndolas; ya el *Apolo* de un Museo, ya la selva de columnas de una catedral.... Por los parrafitos desmenuzados, por el chisporroteo de la frase, por lo salteado y vario de los temas, se ve que todavía no ha renegado Alarcon de la influencia y culto del numen literario juvenil, Alfonso Karr.—Resumen: *De Madrid á Nápoles* es el libro de viajes menos castizo y menos sentido de Alarcon, á pesar de la buena acogida que mereció del público, y las encomiásticas frases que le consagró el *Curioso parlante*, haciendo de él «cuantas celebraciones pudiera apetecer el escritor más sediento de aplauso». No niego que sea entretenidísimo, y alguna de sus páginas (como la visita al Papa Pío IX), encantadora. Detalle singular: hay quien asegura que esta visita es toda inventada, desde el principio hasta el fin,

jurando que Alarcon no conversó jamás con el Pontífice.

Nadie ignora en qué circunstancias trazó Alarcon el *Diario de un testigo*. En la *Historia de mis libros* corresponde al *Diario* esta nota: «El patriotismo de la nación entera se sobrepuso á toda consideración literaria ó artística, y sin reparar, ni aun los escritores más cultos, en los naturales defectos de un libro tan dificultoso, improvisado, ora al aire libre, ora bajo la tienda de campaña, ora en camarines de moros y judíos, prodigáronle aplausos y obsequios que, en puridad de verdad (lo reconozco), no iban dirigidos á mí, sino al heroico ejército cuyas proezas me cabía la gloria de presenciar y referir diariamente.»

Si hay libros adecuados al fin para que se escribieron, ninguno como el *Diario de un testigo*. España tenía puestos en África los ojos y el corazón. Quería vivir la vida del ejército. Á la esposa que con el alma atribulada esperaba noticias; á la novia que se estremecía de esperanza y

de susto; á la madre que encendía velas ante la Virgen, numen familiar siempre invocado, al hermano, al amigo, ¡á todos!, no podían bastarles entonces descarnados boletines de campaña, ó informes noticias periodísticas, sin calor, sin elocuencia, sin el cebo del íntimo pormenor que hace sonreír y hace llorar. ¿Tenían frío nuestros soldados? ¿Pasaban hambre? ¿Fumaban? ¿Cómo entretenían las tediosas horas en el cuartel? ¿Qué aspecto ofrecía aquella región del África donde iba á correr sangre española? ¿Quién pudiera tener alas, como de paloma, y volar hasta el campamento!—Las alas nos las dará la poesía, que en tal ocasión, mas que por boca de rimadores y copleros (pues se escribía mucho verso detestable con ocasión de la guerra), habló por la pluma del insigne voluntario del regimiento de Ciudad Rodrigo.—Él exponía su plan en los términos siguientes: «Confiado solamente en mi sensibilidad, me propongo hacer viajar conmigo al que me lea; identificarle con mi alma; obli-

garle á experimentar mis sobresaltos y alegrías, mis trabajos y mis satisfacciones; comunicarle aquello que más pueda importarle de la suerte de nuestras armas, si no con la pericia militar, que no tengo, de una manera que todos me comprendan. La vida del campamento; sus ocios y peligros; las noches de soledad bajo la tienda; la tarde después de la batalla; el himno de triunfo; las agonías durante el combate; la oración fúnebre de los que sucumban; el aspecto y costumbres del extraño pueblo que tendremos enfrente; lo que no dice la historia, ni refieren los partes, ni adivinan los periódicos; la historia privada, profana, particular, de la guerra; todo esto compondrá el libro vario, desaliñado, improvisado, heterogéneo, que entreví desde que formé la resolución de acompañar al África á nuestros soldados.»

No es posible definir mejor el *Diario de un testigo*.—Alarcon sale de Málaga, con el tercer cuerpo de ejército, el 11 de Diciembre de 1859. Vemos los gozosos

preparativos del embarque, la rápida y milagrosa organización de las fuerzas sobre «las ruinas en que se encontraban nuestros arsenales, nuestra administración militar, nuestros parques, nuestros almacenes.» Con un himno de entusiasmo en los labios salta Alarcon en tierra africana y principia su vida militar: vivaquea en Ceuta, durmiendo en una cama de campaña extendida sobre una viga, en el Parque de Ingenieros, teniendo por decorado de los pabellones de su cama la luna y las estrellas.—Y nos guía al Alcázar del Serrallo, y al pavoroso boquete de Anghera, y al valle del Tarajar; y con él subimos al reducto, y nos internamos en la trinchera, y nos corre por las venas ese escalofrío raro, que yo no sé si es de patriotismo, de acometividad ó de ambas cosas, pero que siempre causa la descripción gráfica y hermosa de una carga á la bayoneta.—Entre una y otra pintura de campamento; entre escaramuzas y acciones, degüellos y cargas de caballería, va surgiendo del *Diario* de Alarcon un sen-

timiento especial, que forma parte ya de nuestra tradición psíquica: la *simpatía hacia el moro*. Hay enemigos odiados y enemigos combatidos sin odio: nosotros combatimos al francés aborreciéndole, pero al marroquí diríase que por el contrario le consagramos una especie de ternura fraternal. La costa de Africa la *sentimos* como prolongación de nuestra tierra natal, la Península ibérica: esto no lo escribo en son de chanza, lo digo en serio: afinidades de alma, recreos de imaginación, misteriosos lazos, étnicos probablemente, nos atraen hacia «el infiel» con atractivo que la guerra no puede suprimir: atractivo doble para Alarcon, que era en su físico, en su carácter, en su genialidad, «mucho más semítico que jafético».—Otro menos artista que Alarcon, al escribir una obra de la indole del *Diario*, tiznaría á los moros con feos colores: él no oculta su admiración hacia una gente tan pintoresca, tan primitiva, tan bíblica. Despertara la guerra una musa populachera y pseudo-patriótica, que

hacia reir á cuenta del enemigo, llamando, verbigracia, á Muley-el-Abbas

«Moro de malas costumbres,
Que es una especie de buey
Y sólo come legumbres.»

Alarcon, rehuendo estos inocentes desahogos, cuando llega á ver un escuadrón de hijos del Profeta, lo describe con pluma digna de Fromentin: «No pasarían de cien jinetes, y llenaban materialmente la llanura: yo no he visto jamás figuras tan airosas, tan elegantes, tan gallardas. Los caballos caracoleaban, se arremolinaban y se dispersaban de nuevo, yendo y viniendo sobre la verde hierba como una bandada de gaviotas sobre las olas del mar. Los blancos albornoces de los moros ondeaban al aire, cual si los hijos del desierto desplegasen anchas alas para volar en nuestra busca.... Era un cuadro maravilloso; era el espectáculo soñado por todos los que han nutrido su fantasía con leyendas orientales; yo creo firmemente que hubiera de-

jado llegar hasta mí aquella graciosa y extraña aparición, sin acordarme de que venía en son de guerra, á no haberme sacado de mi arrobamiento la voz del comandante de nuestros húsares, que mandaba avanzar.» Ahí tenéis al Alarcon sincero, al artista, que se lo perdona todo á la soberana Belleza.

Alarcon ha encontrado la verdadera ruta literaria de su libro, lejos de las declamaciones con que principia, en las pinturas de escenas africanas, pinturas capaces de dar dentera á Fortuny. Ved, en prueba, el cadáver de un guerrero moro *manchado* por Alarcon: «Hallábase tendido en el mismo borde de las aguas: sus negrisimos ojos, aunque nublados para siempre, miraban aún enfurecidos, y su correcta y callosa mano, ennegrecida por la pólvora, se remontaba sobre su cabeza como si amenazase todavía. Su barba rala y partida en dos rodeaba como un festón de terciopelo un pálido rostro de singular belleza, sombreando artísticamente su recio cuello, atravesado

por una espantosa herida. Uno de sus pies conservaba una babucha redonda de cordobán, y el otro, completamente descalzo, ostentaba la fortaleza del hierro y las finas proporciones de los pies del Mediodía. Notábase, en fin, en todo aquel hombre medio desnudo, algo que recordaba los contornos graciosos y acerados de los caballos árabes.» Es imposible dibujar en lengua española un boceto que supere á éste tan magistral. Fragmentos así esmaltan el libro, que no cede en animación ni en color á ninguno. Sobre todo, lo repito, al trazar siluetas orientales es cuando Alarcon descuella. Véanse sus donosos amoríos con la «mora de la azotea»; sus conferencias literarias con el poeta Chorby; sus tipos de hebreas, derviches, rabinos y moros de rey. No sé si es rigurosa y minuciosamente exacta la parte histórica del *Diario de un testigo*; pero la impresión africana del libro, si no tan penetrante y quintesenciada como sería al expresarla Pedro Loti, me parece admirable y contagiosa. — El aspecto pa-

triótico del libro perjudicó indudablemente á su estimación literaria. Se hizo antes popular que clásico. De todas suertes, no fué en él donde llegó á la plenitud el ingenio de Alarcon narrando viajes, sino en otra obra menos conocida: *La Alpujarra*.

La misma evolución que como novelista, sufrió Alarcon como viajero, pasando del género afrancesado al neto español; la transición está perfectamente indicada y la percibe todo el que lea, por el mismo orden en que vieron la luz, *De Madrid á Nápoles*, el *Diario de un testigo* y *La Alpujarra*. *De Madrid á Nápoles* es la paginilla dumasiana, la impresión á flor de espíritu, exteriorizada apenas sentida; el *Diario* es ya el viaje vivido, real, incorporado al alma del que lo refiere, pero algo dañado aún por las imposiciones del momento histórico—y aquí cae bien la tan manoseada frase. — *La Alpujarra* es prolongación del *Diario* en lo que éste tiene de más artístico y selecto, depurado de las escorias que arrastraba el torrente

patriótico entre sus ondas puras. Siendo *La Alpujarra* un delicioso libro de «ver y andar» es algo más: evocación histórica no indigna de la pluma de un Thierry.— Todo, excepto lo que quiere el autor que sea: «un alegato en favor de la tolerancia religiosa», ni menos, como indicaron algunos críticos, «el engendro más ó menos artístico y literario de un intolerante de siete suelas, inquisidor de tomo y lomo», porque ya sabemos que Alarcon no tenía de inquisidor sino la sombra.

Lo que inspiró *La Alpujarra* (y lo digo en son de elogio muy explícito), fué lo mismo que dictara las mejores páginas del *Diario de un testigo*: la secreta simpatía de Alarcon por la raza mora.— Hay en todo escritor alguna preferencia histórica, cuyo origen no siempre se explica, y que influye de un modo decisivo en él. Todos preferimos á una raza y quizá repugnamos las restantes. Alarcon era, como hemos dicho y como le llamaban sus amigos de la juventud, un moro: la poesía meridional tuvo en él su mejor in-

térprete. El frívolo turista de Italia debía convertirse en el excelso cantor de la Sierra hija del Verano.

De dos maneras se puede viajar: con el cuerpo sólo, y con el cuerpo en compañía de la imaginación y el entendimiento, cultivados y bien amueblados.— La mayor parte de los que viajan llevan consigo el cuerpo no más, y juzgan de un viaje con arreglo á los datos que el cuerpo suministra: si son cazadores, ó andarines, ó les impulsa la actividad física, disfrutan de las fatigas y se recrean en dormir mal y en comer de campaña: si son gente regalona, piensan en el problema del mantenimiento, calculan las horas de sueño que ganan ó pierden, y por la suma de molestias tasan el valor del viaje.— Alarcon no viajaba sólo con el cuerpo, si bien tampoco prescindía de él. Al realizar el viaje por la Alpujarra, estaba Alarcon en la plenitud de la vida y la energía viril (treinta y pico de años), apto para largas excursiones á caballo ó á pie, capaz de correrías como la tremenda de Adra, y apto también su